

## HUIDA Y RENDICIÓN

Madina Almazán Pardo, 4º ESO.

Era una mañana como cualquier otra, pero, al llegar a casa, aún antes de entrar, supo que ya estaba esperándola...

### MIÉRCOLES:

Ella miró aterrada al extraño que estaba sentado en su sofá. Se estaba arreglando las uñas y en el brazo derecho del sofá había una pistola plateada, una Winchester, para ser más concretos. Él pareció darse cuenta de la presencia de la joven y dejó lo que estaba haciendo para coger lentamente la pistola. Ella se quedó en el sitio, paralizada de terror, sabía que no podría huir eternamente, él había decidido acabar con su vida y no se echaría atrás. La joven lo sabía y estaba dispuesta a dejarse atrapar si eso salvaba a sus seres más queridos.

El encapuchado la apuntó y ella cerró los ojos y los puños con fuerza, esperando el momento de su fin. Y como se suele decir, de pronto vio su vida pasar ante sus ojos.

### MARTES:

Las 7:00 de la mañana. Eva Merthan acababa de levantarse para ir a trabajar, perezosamente se dio una ducha fresca y duradera, era un martes por la mañana.

La historia de Eva era muy complicada, su padre fue acusado por los asesinatos de una pareja. Como podréis suponer a Eva no le resultaba muy fácil hacerse a una vida independiente, su sangre había atraído la mirada de muchas personas, lo que su padre hizo fue imperdonable y ella lo sabía, pero de todas formas ella lo quería.

La madre de Eva, sin embargo, no se lo tomó muy bien. Después de aquello pidió el divorcio y el juez le dio la custodia de sus dos hijos.

La pareja asesinada tenía un hijo de diez años. Eva nunca se preguntó que habría sido de aquel niño, ella solo sabía que su padre había dejado huérfano a un niño, el cual tuvo que irse a vivir con sus tíos.

Eva había escogido la carrera de criminología, para estudiar casos como el de su padre, para comprender los comportamientos de un homicida y el porqué de sus actos. Pero a la vez era una excusa para poder hablar más con su padre. Este le avisaba continuamente que iba a pasar algo horrible y que ella estaba en peligro, que tenía que huir de Nueva York e irse a España u otro país, cualquier sitio que estuviese lo más lejos posible del peligro. Pero los psiquiatras la tranquilizaban

diciéndole que eran los efectos del asesinato que le había dejado estragos psicológicos, sin embargo, ella sabía que su padre no estaba loco.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando el sonido de su móvil la sobresaltó.

- "¿Sí? ¿Qué!? ¿Qué... qué ha pasado? ¿Por envenenamiento? ¿Cuándo? ¿Una semana!? ¿Por qué nadie me informó? Bueno de acuerdo, gracias. Adiós." - colgó y tiró el móvil lejos, enfadada. ¿Suicidado? ¿Por qué lo habría hecho? Le faltaban dos meses para salir de prisión. Se quedó sentada en su cama pensativa, nadie había hablado con ella sobre su padre desde el juicio, en el cual habló de cómo era él en casa: cariñoso, jugaba cada día con sus dos hijos, quería a su mujer y daría lo que fuera para que su familia estuviese unida, a salvo de todo peligro. Recordando todo aquello se preguntaba cómo se había estropeado todo, como había llegado su vida a torcerse tanto.

Después de secarse las lágrimas, que escurrían por sus mejillas, cogió su bolso y salió de su apartamento, pero cuando iba a cerrar la puerta vio un papelito que asomaba por debajo de su puerta, volvió a abrir la puerta y cogió la hoja, era una nota la cual decía: Mi venganza será cobrada y tú debes morir. Sus manos temblaron y dejó caer el papel, ¿qué significaba esto? ¿Quién estaba amenazándola? Sacudió la cabeza y decidió dejar pasar lo ocurrido.

Pidió el día libre y fue a despedirse para siempre de su padre, recordó que él un día le dijo que no quería que lo enterraran para que luego fuera pasto de los gusanos, quería algo nuevo, algo que si él estuviese dijese ¡qué bonito y alegre! Eso es lo que él quería, que no se le llorara que se realizase una fiesta en su honor, que brindaran por él, que bailaran por todo lo que había vivido.

La iglesia estaba a media hora en coche y ese día no había mucho tráfico, el lugar era bastante impresionante, altos árboles rodeaban el pequeño edificio y la valla estaba decorada por rosas rojas, blancas y amarillas. La campana era dorada y el sol la hacía destellar y las paredes de la iglesia eran blancas con grandes vidrieras de vistosos colores. Tímidamente entró por la puerta, hace mucho que no entraba en una iglesia, no desde la boda de sus padres, y fue directa al sacerdote que estaba apagando las velas de la mesa.

- "Perdone". -llamó.

- "¿A qué viene, hija?" -se giró para ver quién había hablado. El sacerdote era bastante joven: treinta y cinco años o cuarenta.

- "Me dijeron que mi padre estaría aquí, murió hace una semana, pero aún no lo hemos enterrado y me gustaría verlo por última vez". - dijo mientras movía las manos inquietamente.

- "Claro, ¿cómo te llamas?" -sonrió el sacerdote.

-“Eva Merthan”. - contestó.

-“Ya veo, hija de Stephan Merthan, ¿verdad?”-

- “Sí”. - dijo únicamente.

- “Pues sígame por aquí”. – y la guió por el confuso laberinto del antiguo edificio.

Dentro de la iglesia había varias habitaciones y en la última estaba él, preparado, tan tranquilo, tan en paz... Las lágrimas volvieron a brotar, aunque ella quería reprimirlas, salieron solo para llevarla la contraria. El sacerdote la vio y se acercó.

-“Me han contado mucho sobre él”.

-“Seguro que sí, sobre todo su pecado”. - suspiró.

-“Sé que fue un buen hombre, que cometió un error y que luego se arrepintió, después de cometer el crimen se entregó a la policía, ¿cierto?”

-“Cierto; él siempre ha sido así, siempre confesaba sus errores, no se merecía esto”. - Se quedó unos minutos en silencio, pero ella misma lo rompió con una pregunta. – “¿Usted cree que era una mala o buena persona?”

- “No creo que haya buenas o malas personas, cada uno somos como somos y no creo que nadie tenga derecho a juzgar a nadie, aunque haya hecho lo peor”.

-“Según vuestra religión es Dios quien juzga, ¿no?”

- “Sí, así es”.- dijo con una calma sobrenatural.

Volvió a fijar sus ojos en su padre, quería que abriese los ojos, que todo esto solo fuera solo un mal sueño que despertaría en cualquier momento, pero el seguía inerte. Ella nunca había creído en un cielo o en un infierno, solo pensaba en la muerte como un sueño del que nunca despertabas, solo un sueño silencioso y eterno. La muerte es sencilla, todos somos iguales ante ella, ni ricos, ni pobres, para ella no existe ni la riqueza, ni la pobreza. La muerte llega seas más poderoso o menos, siempre estará ofreciendo su suave manto en noche para aquellos que se rinden a ella, amable y odiosa a la vez. Cruel y bondadosa muerte.

Se atrevió a acercarse más hasta estar lo más cerca posible del cuerpo del que una vez fue su padre, al que tanto quería y al que tanto extrañaba, y le besó en la frente.

Se merecía algo mejor que morir como un asesino, no lo era. Pero ella tenía otras preocupaciones desconocidas. Pronto descubriría quién la seguía desde hace

años, observándola desde las vallas de su casa, esperando a dar el siguiente paso, no es ningún misterio saber quién es el acosador de Eva ¡EXACTO! El niño huérfano, el testigo de la masacre de sus padres.

Bergan, que así se llamaba el niño, odiaba al asesino que había destruido a su familia, se lo había quitado todo y nunca entendió el motivo de lo sucedido. Llevaba bastante tiempo observando cada movimiento de la joven Eva.

Un jueves, recuerda Bergan, paró en la puerta de la chica para hablar con ella de su padre, pero se arrepintió cuando rozó la puerta con sus nudillos. Después de aquel día no volvió a intentarlo, siguió observando la vida sencilla de Eva, ella no era su objetivo, era su padre, ella no debería de pagar por los pecados de un asesino.

Pero ahora que él ha muerto no podía cobrarse su venganza y no podría estar en paz sabiendo que había dejado escapar al verdugo de sus padres, Bergan no quería castigar a Eva, sabía que ella no era una asesina, pero el amor a la familia pudo más que la moralidad.

### MIÉRCOLES:

Había visto cómo se iba en su Citroën, había oído la indignación de la chica ante el conocimiento tardío de la muerte de su padre y mientras se tranquilizaba para salir a coger su coche, cogió un papel del suelo y con un boli, que tenía en su bolsillo izquierdo de sus pantalones, escribió la amenaza, una advertencia, pensaba que advirtiéndola huiría de su destino.

Pero dos horas después volvió, el aparcamiento estaba abarrotado y le dio tiempo a colarse en el piso de Eva, dejó la puerta abierta, dando a Eva una última oportunidad de salvarse.

Pero ella entró, aunque no antes de llamar a la policía. Estaba la puerta abierta y la luz encendida.

-“Te advertí”. - dijo Bergan.

- “Vas a matarme”. - dijo tranquila, pero a la vez asustada.

-“Te advertí”. - repitió.

Él apuntó con la pistola, la mataría, indoloramente, una sola bala que serviría para conseguir lo que había deseado desde hace años y años.

Un sonoro disparo y todo acabó para Eva Merthan. Bergan la lloró y apoyó su cabeza en sus rodillas.

-“Lo siento mucho”. - susurró cerrando los ojos de la chica. – “Lo siento mucho”.

Sonaron las sirenas de los policías que acudieron a la llamada de la difunta Eva.

- "¡Manos arriba! ¡Suelte esa arma!" - ordenó uno de ellos.

Bergan se dejó atrapar. En ningún momento dejó de mirar lo que había hecho, había conseguido su objetivo, pero el precio a pagar fue el de la muerte de una joven inocente.